

EL ICONO DE LA VIRGEN DE VLADIMIR O LA VIRGEN *HODIGITRIA* (LA QUE MUESTRA EL CAMINO)

Desde el tiempo de Navidad, junto al altar, en Mariahilf, del lado del Evangelio, nos acompaña un icono de la Virgen María que sostiene en sus brazos al Niño Jesús. No se trata de una imagen más de Nuestra Señora sino de una réplica del famoso icono de la Virgen de Vladimir.

El sacerdote claretiano Francisco Contreras Molinas, biblista y poeta, tristemente desaparecido hace unos años a causa de un cáncer, nos dejaba escrito en su hermoso libro *María, belleza de Dios y madre nuestra* (Ed. Verbo Divino, 2004 Estella) que si existe alguna imagen que pueda representar por medio del arte la sobrenatural belleza de María es, sin duda, el icono de Vladimir o Virgen de la ternura.

Y añadía: No se le ha dado a la humanidad ninguna pintura de María más sublime, ni se puede encontrar nada semejante que la supere sobre esta tierra. Contemplamos absortos el misterio de María, al mismo tiempo virgen y madre de Dios. Dios Trinidad es el origen y artífice de tanta belleza. Sólo él la crea hermosa. María aparece unida a su Hijo, a quien sostiene y levanta, en un abrazo entrañable. No está ausente de nosotros. María nos mira con sus ojos inmensos, como sólo las madres saben hacerlo, con esa mezcla de desvelo y de ternura...



El icono original fue pintado por un artista griego del que desconocemos su identidad pero que supo crear esta obra de arte que invita a todo creyente que la contempla a adorar a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nacido de María Virgen.

Hacia el año 1113 fue donado como generoso regalo de la Iglesia de Constantinopla a la hermana Iglesia de Rusia. Permaneció en Kiev hasta que la ciudad fue destruida por los mongoles. En 1155 fue transportado desde Kiev hacia el norte de Rusia, a Vladimir, de donde le viene el nombre con el que habitualmente se conoce el icono.

Es célebre por sus intervenciones milagrosas y ha salido indemne de muchos incendios e intentos de destrucción. En 1395 fue llevado a Moscú y desde allí ha estado presente, como un verdadero tesoro sagrado, en todos los acontecimientos importantes de la nación rusa.

Actualmente el icono se encuentra en el Museo Tretyakov de Moscú donde es frecuente el espectáculo de personas orando, de pie o de rodillas, ante esta imagen tan venerada.

La composición del cuadro posee forma triangular: el vértice superior del triángulo lo ocupa la cabeza de María, y los dos lados lo forman la caída de sus hombros; la base está ocupada por la presencia conjunta del Niño con la Madre. Conforme a la convención de los iconos, esta composición nos quiere decir que la Trinidad está presente y actúa, que la belleza de María se explica como una participación en la gracia del Dios Uno y Trino.

También hacen referencia a la Trinidad las tres estrellas presentes en el icono. Dos son bien visibles: una sobre la frente de María, la otra en su hombro izquierdo. Representan al Padre y al Espíritu Santo. La tercera queda tapada por el cuerpo del Hijo. En realidad, él mismo es esa tercera estrella. Pero además las tres estrellas representan la virginidad perpetua de María: antes del parto, durante el parto y después del parto de Jesús.

María es hermosa porque Dios así la ha hecho, pero su belleza no perturba, sino que pacifica, no es deslumbrante, sino recatada. Es una belleza que brota de lo hondo de un alma habitado por Dios y que convierte su rostro en un espejo sin manchas. También los ojos de María nos miran y nos hablan de la belleza y de la ternura de Dios. Por eso el icono es conocido también como «la Virgen de la ternura».

Ojos que nos transmiten belleza, ternura y misericordia, porque son los ojos de una persona que ha sufrido, los ojos de la Madre que acompañó a su Hijo hasta la Cruz en el Viernes Santo. Se sabe que este icono procesionaba por las calles de Moscú en la tarde del Viernes Santo.

María es Madre que sostiene al Hijo, pero es también Trono de la Sabiduría que sostiene a quien es la Sabiduría de Dios. El Hijo la mira y la abraza, y ella, vuelta hacia nosotros, nos entrega al Hijo. Ese Hijo, que es niño en su cabeza pero que está transfigurado en adulto en su cuerpo. María abraza y nos ofrece todo el misterio de su Hijo, muerto y resucitado, entregado por nuestra salvación.

El Hijo mira a la madre con ojos penetrantes que, como dos dardos, clava en los ojos de la madre. Así la miró Dios desde el primer instante de su concepción, y no ha dejado de mirarla (y ella de acoger su mirada) y por ello *ha hecho obras grandes por ella*.

No lleva el Niño ropas de bebé, lleva una túnica dorada propia del sumo sacerdote. También lleva un cinturón de oro en su talle, que, según el libro del Apocalipsis, es la vestidura propia de Cristo, Sumo Sacerdote... El Hijo de María es la imagen de Dios-Padre.

Y el cuello es también desproporcionado, no es el que conviene a un niño pequeño. Se nos habla así del hálito divino que da vida, se nos habla del Espíritu Santo. Jesucristo resucitado es el dador del Espíritu: el que creó el universo, el que guio a Israel por el desierto, el que hizo madre y virgen a María y el que hizo nacer la Iglesia.

En el icono de Vladimir, finalmente, María ya no es sólo María, es también la Iglesia por la que Cristo entregó su vida: la ama, la alimenta con sus sacramentos, no cesa de mirarla y de abrazarla, la quiere para sí santa y pura, sin mancha ni arruga.